

LAS RAZONES ÉTICAS DEL REALISMO

José Jurado Morales

LAS RAZONES ÉTICAS DEL REALISMO

Revista Española (1953-1954)

en la literatura del medio siglo



SEVILLA M M X I I

I L U M I N A C I O N E S

R E N A C I M I E N T O

Colección ILUMINACIONES

(Filología, crítica y ensayo)

79

Director:
Antonio Fernández Ferrer

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento

Volumen editado con la colaboración de la Consejería de
Economía, Innovación y Ciencia de la Junta de Andalucía

© José Jurado Morales

© 2012. Editorial Renacimiento

Depósito Legal: SE 4671-2012

ISBN E-BOOK: 978-84-8472-885-6

Impreso en España

Printed in Spain

*Para Ana, que me regaló el tiempo
que este libro necesitaba.*

EL futuro de un investigador siempre encierra una dosis de incertidumbre. Nunca conoce de modo certero por dónde han de conducirlo las circunstancias azarosas ni sabe qué pro-
vechos para la comunidad científica han de convertirse en sus desve-
chos personales en algún momento. Mientras anda enredado en algún
asunto, va tomando notas sueltas, proyectando nuevas ramificaciones,
comprando libros que acumula en las estanterías, haciéndose con ar-
tículos escritos por otros, acopiando referencias bibliográficas, por si
acaso algún día los vientos soplan favorables y puede destinar su vo-
luntad y su tiempo a profundizar en un nuevo asunto.

Algo así me ha sucedido al afrontar este trabajo que ve la luz públi-
ca. Como una cereza lleva a otra, así una vieja ocupación me ha llevado
a esto. Mientras me empeñaba en sacar adelante mi tesis doctoral en
los años noventa dedicada a la trayectoria narrativa de Carmen Martín
Gaité, iba anotando en los márgenes de mis apuntes curiosidades que
desconocía y que dejaba esparcidas como semillas de las que quizás en
alguna ocasión brotase una reflexión más pausada. Durante años ha
persistido en mi mente una de aquellas acotaciones. En los manuales
al uso y en aportaciones más particulares se decía y se sigue insistiendo
en que Martín Gaité se incluye en el grupo madrileño del medio siglo

y que este encuentra en *Revista Española*, que ve la luz en el Madrid de los años 1953 y 1954, la plataforma para desperezarse como escritores bisoños. Esta vinculación entre la salmantina y la revista me condujo a un acercamiento inicial a la publicación; escribí un capítulo de libro dedicado a «Un día de libertad», el primer cuento que la joven Gaité veía estampado en las páginas del segundo número de *Revista Española* de julio-agosto de 1953. En esos mismos manuales se repite que el cometido de la publicación madrileña equivale al de *Laye* dentro del grupo catalán del medio siglo. También registré esta advertencia —que exige una matización pues no es precisa del todo, constituyen dos revistas muy distintas— en mis antiguos apuntes. Ese proceso del que hablaba, de acumulación bibliográfica por si acaso alguna vez hace falta, me ha ido revelando con el paso de los años que *Laye* ha tenido mejor fortuna ya que ha sido bien atendida y entronada al lugar que le corresponde en las letras de la posguerra. En cambio, su equivalente madrileña viene siendo muy mencionada pero poco estudiada. En resumen, desde hace años he albergado el pensamiento de que *Revista Española* se merece una consideración más detenida y más profunda.

Hace unos años tuve la ocasión de participar en un libro colectivo titulado *Revistas literarias españolas del siglo XX (1919-1975)* publicado por Ollero y Ramos en 2006. En el reparto de tareas me ocupé de coordinar el tramo dedicado a *Las revistas entre 1947 y 1959* y, a la hora de afrontar el capítulo que me tocaba desarrollar, me decidí a escribir sobre *Revista Española*. Con esto saldaba parcialmente una deuda adquirida una década atrás y paradójicamente contraía una nueva: aquellas cuarenta páginas del capítulo no recogían todo lo que me había suscitado la lectura de los textos incluidos en la revista. De modo que dejé abierta la puerta para otra ocasión y esta ha llegado ahora.

Por tanto, hace tiempo que quería escribir un libro como este en el que aunar dos de mis intereses en la investigación: el ceñido a las revistas

literarias y el centrado en las letras del medio siglo. Y me he puesto a ello con la mira detenida en la máxima de Guillermo de Torre que reza «En el principio fue la Revista» porque, con todos los matices y excepciones posibles, los años dedicados a su estudio me han convencido de que las revistas van por delante de los libros en la configuración de la historia literaria. En estas se dan a conocer la labor de autores noveles, la traducción de textos de escritores desconocidos o consagrados, la proclamación de nuevas estéticas en forma de manifiesto, la revelación de intenciones futuras en determinadas entrevistas, la recuperación de nombres olvidados o proscritos, la mezcla de géneros tradicionales, etc., aspectos que solo años más tarde pasan –o no– a engrosar las páginas de los libros. Es decir, lo que de verdad mueve el devenir de la literatura se cuece primero en las revistas y al tiempo se presenta en los libros. De forma que las investigaciones en este campo de las publicaciones periódicas han venido a trazar con mayor exactitud el panorama de un determinado momento literario. En el tramo cronológico que ahora concierne, el de los años cincuenta del siglo XX, también las revistas anticipan las directrices artísticas y polemizan sobre el devenir de las letras. Tiempo antes de que los libros descubran al gran público nuevas corrientes ideológicas, culturales y estéticas, en las páginas de las publicaciones periódicas que existen poco antes y poco después de 1950 se vislumbran el realismo –desde el más intimista al más sociopolítico–, el existencialismo, el nihilismo, la fantasía, el vanguardismo o el esteticismo, y ya se pueden seguir confrontaciones entre los intelectuales decisivas para el futuro de la cultura y, desde cierta perspectiva, para el devenir del propio país: poesía como comunicación / poesía como conocimiento, un teatro nacido del posibilismo / un teatro resignado al imposibilismo, las posicionamientos ideológicos excluyentes / las posturas comprensivas, etc.

Apoyado en el convencimiento de la valía de las revistas literarias y dicho todo lo anterior, voy a contar en pocas líneas qué ofrece este

libro. En las páginas que siguen trato de reconstruir la corta vida de *Revista Española* para tomar el relevo de otros colegas que en un sitio y en otro señalan de paso o reivindican con firmeza su relevancia en el contexto de la literatura española de posguerra hasta el punto de que esta apreciación se ha convertido en un lugar común. Ciertamente es que he encontrado paráfrasis de sus sumarios muy aclaratorias y útiles como primera información y he visto sintéticos y apreciables juicios de valor que la sitúan en su sitio literario, sin embargo abundan los acercamientos parciales en exceso que repiten lo comentado por otros y, en consecuencia, lo leído me ha sabido a poco muchas veces. El trabajo presente nace, pues, de la necesidad de saciar un interés personal por una época sobre la que he trabajado bastante, pero también de la convicción de que *Revista Española* requiere un estudio más exhaustivo que ayude a completar nuestro conocimiento del medio siglo. Por decirlo con pocas palabras: el propósito que me planteo radica en rastrear el perfil del grupo humano que alienta *Revista Española* a la altura de 1953 y en analizar sus contenidos de acuerdo a la situación histórico-literaria del primer lustro de los años cincuenta a fin de alcanzar algunas conclusiones que permitan valorar su aportación al conjunto de la literatura y la cultura españolas de posguerra. En el fondo, tal y como sugiere el título de este libro, trato de preguntarme por las razones éticas que llevan a los escritores del medio siglo a cultivar una literatura realista y testimonial que dé salida a la desazón que les produce la situación sociopolítica que comparten. Para tal objetivo he dispuesto las reflexiones que siguen en tres bloques prolongados por un capítulo final más corto.

En el capítulo primero pretendo dar cuenta de los cimientos que sostienen la revista, de tal manera que hablo de asuntos previos a su salida con el objeto de arrojar luz sobre algunas cuestiones que explican su línea editorial en lo relativo tanto a la presentación física como a la configuración de las colaboraciones. Es el lugar para efectuar una

reivindicación de la figura de su promotor, el bibliófilo extremeño Antonio Rodríguez-Moñino, que por entonces soporta el trance de un expediente de depuración política y militar de junio de 1939 debido a su cargo de auxiliar técnico de la Junta de Protección del Tesoro Artístico Nacional para velar por el tesoro bibliográfico. Ninguneado en la España franquista pero alabado por el hispanismo internacional, apartado de la enseñanza en las aulas pero ejerciendo su magisterio en las tertulias de los cafés, Rodríguez-Moñino sale a flote de su exilio interior y proyecta una revista que sirva de cauce de expresión a los jóvenes talentos que va conociendo en el Gijón y en el Lyon. También es el momento para recordar el quehacer de dos impresores-editores, los hermanos Amparo y Vicente Soler, que apoyan la iniciativa y ponen a su disposición la emblemática Tipografía Moderna, en cuyos talleres ya se tirara *Nueva Cultura* y *Hora de España* en los años de la guerra. Con el plan preconcebido y con el sostén de la casa editorial, a Moñino le resta depositar su confianza en un encargado y, a falta de uno, se fija en un tridente que desempeña las tareas de dirección: los veinteañeros Ignacio Aldecoa, Alfonso Sastre y Rafael Sánchez Ferlosio, con apenas publicaciones notorias por entonces pero con unas personalidades acusadas muy recomendables para este tipo de actividad humana y cultural. Luego se reconstruyen los contornos intelectuales e ideológicos de aquellos a los que se les confían la coordinación de las distintas secciones: Miguel Pérez Ferrero en la de cine, Juan Antonio Gaya Nuño en la de arte, Dolores Palá Berdejo en la de música, Luis Meana en la de discos y Alfonso Sastre en la de teatro.

Como continuación de este primer capítulo me centro justo en los albores de su salida en mayo-junio de 1953. De partida, propongo una reflexión sobre el alcance de un título como el de *Revista Española*, tan conciso y tan rotundo, según los parámetros culturales y las polémicas intelectuales de la época. No hay que ser muy audaz para advertir que

términos como el de *España* o el de *Española* cobran un sentido distintivo en una época tan dada a las conmemoraciones y pretensiones patrióticas. Como se verá, no es igual traer al título *España* que proponer *Española*, no parece lo mismo la patria España que la realidad española. A renglón seguido me detengo en un doble análisis. Por una parte, considero con detenimiento lo primero que hubo de saltarle a la vista a un lector que adquiriera la revista: su imagen, o sea, el aspecto físico que presenta en función del formato, el diseño y las variantes tipográficas. Para atisbar la excelencia con que se estampa la revista, solo cabe recordar pareceres como el de Azorín, que se lamentaba en los años sesenta de que ya no se compusiera como lo hacía Tipografía Moderna, o el de Max Aub, que evoca en *La gallina ciega* que en esta imprenta, donde se formó como tipógrafo, se hicieron hermosos libros. Por otra parte, hago memoria de su salida pública con la mención de algunas vivencias y alegrías iniciales manifiestas en un bautizo simbólico por las calles de Salamanca.

En el bloque segundo indago en la aportación de *Revista Española* al seno de las publicaciones periódicas de un tiempo en que algunas revistas célebres del primer franquismo han dejado de publicarse y surgen otras con nuevas propuestas ideológicas y estéticas. Procuero argumentar que la de Rodríguez-Moñino termina por ocupar un espacio singular bajo la restitución de un pensamiento liberal y progresista asentado en una estética realista y un inconformismo ético. Ese espacio que quiere ocupar *Revista Española* en el conjunto de las revistas del medio siglo viene definido por dos señas de identidad: la proclama y práctica de presupuestos ideológicos y artísticos próximos al neorrealismo y la defensa del cuento como género literario acorde a los tiempos que corren. En suma, en este capítulo definiendo que la acogida del neorrealismo –cuando esto apenas se conoce ni interesa en España– y el cultivo del cuento –después de años de poco más que pervivencia,

como dice la crítica— conllevan cierta postura vanguardista en el marco de la posguerra. Evidentemente en la historia del arte y de la literatura hay mil casos de ruptura estética mucho más radical —ahí está el primer cuarto del siglo XX—, pero no hay que desmerecer el viraje que *Revista Española* formula hacia un compromiso ético, un realismo testimonial y una retórica austera en lo que tiene de patrón pionero y alentador de los modos literarios más definitorios de los años cincuenta. Asimismo, acometo este capítulo con el afán de ubicar la revista entre las novedades culturales de entonces con la misma finalidad de defender su modernidad. Cuando Rodríguez-Moñino, Sastre, Aldecoa y Ferlosio están planeándola y confeccionando el primer número de mayo-junio de 1953, la vanguardia cultural madrileña aplaude el estreno de *Segundo López, aventurero urbano* de Ana Mariscal el 5 de febrero en el cine Rex de la Gran Vía, las proyecciones de cine italiano del 2 al 8 de marzo y la subida de Cesare Zavattini y Vittorio de Sica al escenario del Rialto, la puesta en escena de *Escuadra hacia la muerte* de Alfonso Sastre el 18 de marzo en el teatro María Guerrero y el estreno de *¡Bienvenido, Mr. Marshall!* de Luis G. Berlanga el 4 de abril en el cine Callao. La alusión a estos y otros acontecimientos engrosan las páginas de este capítulo en el que tanteo el diálogo de *Revista Española* con su tiempo histórico-literario y su aportación a la cultura de esos años.

En el capítulo tercero persigo un examen más detenido de sus contenidos. Lo inicio con un balance de algunos planteamientos expuestos por los colaboradores que dejan patente que no puede despacharse a la ligera *Revista Española* como una publicación elitista y de tintes académicos que escamotea su compromiso con la realidad. Que muchos de sus integrantes tuvieran una formación universitaria, algo que no siempre ocurre en las revistas de creación y crítica, no parece un criterio categórico para catalogarla como revista anclada en elucubraciones y alejada de las realidades cotidianas y las preocupaciones

mundanas. Sigue un comentario de los cuentos recogidos para tratar de razonar y concluir que estos constituyen el embrión, o uno de los embriones esenciales, del neorrealismo literario español de posguerra. No hay un manifiesto de los que quedan en la historiografía literaria, pero el conjunto de los cuentos aquí agrupados bien vale por ese manifiesto a favor del neorrealismo. El hecho de que «Cabeza rapada» de Jesús Fernández Santos vea la luz por primera vez en *Revista Española* compone un mérito por sí solo a este respecto y, en cualquier caso, no resulta un crédito menor que la publicación acoja cuentos originales de algunos de los narradores más conspicuos del medio siglo: Ignacio Aldecoa, Rafael Sánchez Ferlosio, Medardo Fraile, Josefina Rodríguez, Carmen Martín Gaité y José María de Quinto, por nombrar al grupo más famoso, al que desde luego hay que añadir los nombres –con aportaciones no siempre de índole neorrealista– de José Luis Castillo-Puche, Carlos Edmundo de Ory, Manuel Pilares, Jorge Campos, Ramón Solís, Julia Figueira, Antonio Navarrete, Miguel Ángel Castiella, Felipe Maldonado, Alberto de la Puente O’Connor, Juan Francisco Rodríguez, Dora Bacaicoa Arnáiz, Luis de Castresana, Alfonso Albalá, Emilio Ortiz Ramírez y Antonio Pérez Gómez.

Junto a la narrativa *Revista Española* presta atención al teatro, da cabida a consideraciones teóricas, críticas de autores y obras, crónicas de la temporada escénica y piezas breves originales. Lo que procuro demostrar en esta parte del capítulo radica en que, en una publicación donde rondan Sastre y Quinto, esos dos combativos jóvenes que firman el «*Manifiesto del T.A.S. (Teatro de Agitación Social)*» en el número 63 de *La Hora* de fecha 1 de octubre de 1950, las aportaciones en el ámbito teatral siempre han de tener su enjundia. He elaborado un primer epígrafe donde ensarto muchas de las reflexiones que en la revista están dispersas acerca de la situación del teatro. Vienen firmadas por Sastre, Quinto, Aldecoa y Giuseppe Maffioli y en ellas no falta una defensa,

casi una exigencia, de la necesidad de la renovación teatral en aquella España. Luego analizo las seis piezas breves incorporadas por Luis Delgado Benavente, Medardo Fraile, Ramón Solís y Ricardo Rodríguez Buded, Juan Benet, Manuel Sacristán, Gaspar Peral Baeza y Lorenzo Gaspar. Desde luego también constituye un incentivo el hecho de que *Revista Española* edite una obra teatral de un primerizo Benet, que anda haciendo de las suyas al respaldo de una estrambótica «Orden de Caballeros de Don Juan Tenorio», o de un Sacristán, todavía ajeno a su futura trayectoria académica y filosófica. Por último, reparo en las secciones de crítica y ensayo y analizo lo que se divulga de las artes plásticas, la música, el cine y el libro científico de la pluma de Juan Antonio Gaya Nuño, Dolores Palá Berdejo, Miguel Pérez Ferrero, Dorrell, José María de Quinto, Luis Meana, Daniel Devoto, José María Alonso Gamó, Óscar Tacca, Jesús Fernández Santos y Cesáreo Sanz Egaña.

Después de estos tres bloques más extensos he dispuesto una coda en la que recuerdo algunos aspectos del final de *Revista Española* al poco más de un año de rodaje. Me asomo aquí, como cierre de este trabajo en paralelo al cierre de la revista, a la escasa repercusión de la misma en su tiempo, al desasosiego que les produce la poca venta de ejemplares y a la desilusión definitiva expuesta en una dolida nota de despedida que remata el sexto y último número.

Ponen fin a todo lo anterior los sumarios de los distintos números de la revista presentados en orden cronológico. Pienso que puede ser útil para alcanzar una noción completa de la misma, para hacerse una idea de la estructura y los contenidos o simplemente para localizar el nombre de un colaborador en particular.

I. DE CÓMO ANTONIO RODRÍGUEZ-MOÑINO LLEGA A PROMOVER *REVISTA ESPAÑOLA*

I. LOS PASOS DE UN PROFESOR DEPURADO

LA memoria de *Revista Española* debe servir para rescatar la figura de Antonio Rodríguez-Moñino, a quien en diferentes ocasiones se ha tratado de recordar tanto en iniciativas conjuntas, así por ejemplo en el temprano monográfico de la *Revista de Estudios Extremeños*¹, como en contribuciones individuales, de entre las que destaca el copioso material presentado por su sobrino Rafael Rodríguez-Moñino Soriano². De estos y otros lugares he tomado lo que sigue y que entiendo necesario para apreciar el perfil ideológico y el espíritu de la revista de acuerdo a la trayectoria y los intereses de su promotor.

Como en tantos otros coetáneos, la traza de la guerra civil puede valer de explicación vertebral de una vida entre manuscritos, legajos, libros y papeles varios tambaleada en su despegar por la factura que le pasan sus arrimos al republicanismo. Antonio Rodríguez-Moñino, que nace el 14 de marzo de 1910 en el pueblo badajocense de Calzadilla de los Barros y que, por tanto, bien cabe incluirlo, de existir, en una generación del 36, vive los años de la segunda república con la intensi-

1. *Revista de Estudios Extremeños*, XXIV, núm. 3 (setiembre-diciembre de 1968).

2. Rafael Rodríguez-Moñino Soriano, *La vida y la obra del bibliófilo y bibliógrafo extremeño D. Antonio Rodríguez-Moñino*, Mérida-Madrid, Editora Regional de Extremadura / Beturia Ediciones, 2000.

dad de un hombre consciente de su tiempo histórico. Tras licenciarse en Filosofía y Letras y Derecho por la Universidad Central de Madrid en 1933, hace gala de su vocación pedagógica, se presenta a los cursillos de selección de profesorado de Segunda Enseñanza en julio y agosto y se incorpora en octubre de ese 1933 como profesor de Lengua y Literatura al Instituto Nacional Velázquez de Madrid, el mismo donde Gerardo Diego ejerce su cátedra. Le sigue la obtención por oposición de una cátedra de lengua y literatura española de instituto en 1935 y los destinos consecutivos a Orihuela y, por concurso de méritos, a Bilbao, ciudades a las que nunca se marcha porque prefiere seguir en Madrid, en el Velázquez y el Benito Pérez Galdós. Con el estallido de la guerra se traslada forzosamente al instituto Luis Vives de Valencia.

Es el arranque de una carrera cercenada apenas iniciada por un expediente de depuración política y militar de junio de 1939 debido a su actuación político-cultural en los años de la guerra. Ese proceso, que le acarrea incluso breves internamientos en prisiones madrileñas y del que resulta eximido de cargos por parte de los tribunales militares, lo mantiene apartado de la enseñanza hasta la conclusión del expediente en 1966 cuando el Ministerio de Educación Nacional bajo el mandato de Manuel Lora-Tamayo lo vuelve a admitir en su seno. Por si hubiese penado poco todavía se le imponen nuevas restricciones al cierre del expediente: traslado obligado fuera de la provincia de Madrid por cinco años, destino al instituto de Valdepeñas en Ciudad Real y prohibición para ocuparse de cargos directivos o de confianza. De todo esto ofrece una detallada información documental Rafael Rodríguez-Moñino en su libro y un relato muy apasionado José Luis Bernal en *Antonio Rodríguez-Moñino, un extremeño universal*³. Como

3. José Luis Bernal, *Antonio Rodríguez-Moñino, un extremeño universal*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2010.

tendré ocasión de repetir, el apartamiento de la enseñanza explica en cierto modo la inclinación del bibliófilo a las disquisiciones verbales en las tertulias y, por qué no, la predisposición a alentar y tutelar las iniciativas culturales de aquellos jóvenes que terminarán distinguiéndolo como maestro. No parece, en consecuencia, descabellado enlazar la puesta en marcha de *Revista Española* con el sentido instructivo del Rodríguez-Moñino sometido a depuración.

¿Qué mal había cometido el bibliófilo extremeño? Ni más ni menos que hacer de republicano liberal volcado en la salvaguardia del patrimonio cultural, pues decide poner su tiempo y persona a disposición del acervo común y a principios de agosto de 1936 acepta el cargo de auxiliar técnico del Ministerio en la Junta de Protección del Tesoro Artístico Nacional para velar por el tesoro bibliográfico español. Y un tiempo después, en 1938, mientras ejerce de soldado de los servicios auxiliares en el frente de Extremadura, propone y logra que se cree la Junta de Protección del Tesoro Artístico de esta región, de la que será su presidente, para salvaguardar el patrimonio artístico de la zona este y sur de la provincia de Badajoz. A pesar de estos gestos de buena fe, su vida se complica por algunas decisiones ideológicas y políticas.

Admirador del Manuel Azaña intelectual, en julio de 1932 ingresa en Acción Republicana, aunque no se involucra de forma muy activa, y en diciembre de 1935 deja de cotizar en el partido con el objeto de apartarse de la política y centrarse en los estudios bibliográficos y en sus trabajos sobre historia de Extremadura. El 18 de julio de 1936 se reincorpora a Acción Republicana para, según su sobrino, «estar en posesión de algún documento que garantizase su oposición total al levantamiento militar de los rebeldes»⁴, pero un mes después, en agosto,

4. Rafael Rodríguez-Moñino Soriano, *La vida y la obra del bibliófilo y bibliógrafo extremeño D. Antonio Rodríguez-Moñino*, op. cit., pág. 29.

abandona de nuevo el partido por disconformidad con las acciones del grupo. Bien por su simpatía hacia Acción Republicana bien por otras razones, no se afilia a la UGT –aunque ingresa en esta en 1936 porque la Asociación de Catedráticos de Institutos toma el acuerdo de adherir a todos sus asociados en bloque– y rehúsa la integración en el Partido Comunista. Este rechazo resulta determinante y tiene sus consecuencias. Por lo pronto, a partir de noviembre-diciembre de 1936 queda desplazado de las funciones y trabajos como vocal de la Junta del Tesoro Artístico y del Consejo Central de Archivos y Bibliotecas. Atrás quedan sus desvelos por salvar los fondos de la Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, la Biblioteca Nacional, el Archivo Histórico Nacional y de tantas otras colecciones bibliográficas conventuales y privadas. Para colmo, el Secretario de la Alianza de Intelectuales Antifascistas lo denuncia en 1937 ante el Ministerio de Educación por haber participado con una intervención titulada «Los misioneros y las lenguas indígenas de América» en un ciclo de conferencias *Pro Ecclesia et Patria* organizado por la Junta Central de Acción Católica en 1934 y por haber suscrito un manifiesto de esa organización. Cierto es que la denuncia no conlleva efectos para su cátedra pero sí influye por ejemplo en la denegación de un lectorado en el extranjero en ese 1937.

Estas actividades culturales –trenzadas por lo político, lo ideológico y lo bélico– resultan suficientes para granjearse la enemistad de algunos y para que le abran expediente, algo que determina sus días venideros y cuya memoria retiene mucho después, según podemos comprobar en una carta dirigida el 14 de setiembre de 1960 a Leopoldo Eijo Garay, entonces Patriarca de las Indias Occidentales por nombramiento de Pío XII y Obispo de Madrid-Alcalá:

Durante veintidós años (desde 1939 a 1960), sistemáticamente, se puede inutilizar a una persona lanzando contra ella, solapada-

mente, la acusación política [...]. Hay personas (los acusadores) que administran el trágico balance de una guerra civil para conseguir la realización de sus apetencias o para obstaculizar el camino a los demás cuando así les conviene. [...] Cuando en 1939 se hizo, para muchos, la tajante división entre buenos y malos, yo fui incluido entre estos últimos por el delito de haber pertenecido durante cuatro meses, en calidad de auxiliar técnico, a la Junta del Tesoro Artístico [...]. Un grupo de hombres y mujeres de buena voluntad y espíritu de sacrificio nos entregamos a esta tarea (salvar los tesoros artísticos nacionales) plenamente, llegando a exponer nuestras vidas en más de una ocasión. [...] Enemigos personales aprovecharon la ocasión para hacer méritos políticos y ya desde 1936 en la zona nacional se hizo una violenta campaña acusándonos de ladrones.⁵

La zafiedad de un tiempo arrasa los puntales de un hombre íntegro, a decir de los que lo trataron, cuya conciencia le lleva a velar por tesoros y patrimonios colectivos en una custodia de la que sale mal parado y desencantado ante la mezquindad con que actúa el ser humano en ciertos trances. Un hombre íntegro de cuya cosmovisión habla con claridad el detalle de que siempre llevara en su cartera un fragmento de la carta de Cánovas del Castillo a Martín Belda y Mencia del Barrio, marqués de Cabra, de 28 de mayo de 1876 donde se podía leer: «Nada me sorprendería de mi país como un átomo de justicia, de buen sentido o de gratitud»⁶. Mucho de esto sin duda hay en la personalidad de Rodríguez-Moñino.

Casado con María Brey en enero de 1939 y fallecido su padre en 1941, fija su residencia en el Madrid de la posguerra. Los primeros años de la

5. *Ibidem*, pág. 190.

6. *Ibidem*, pág. 31.

victoria no deben resultar fáciles para un hombre derrotado en todos los sentidos y quizás esta pesadumbre sea la que subyace a la imagen tan sintomática que César González-Ruano ofrece de él en *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*. El madrileño dedica el penúltimo capítulo de sus recuerdos al año 1950 y reconstruye el ambiente del café Gijón haciendo un recuento de los que él denomina los «fijos» y hablando de los distintos grupúsculos que se dispersan por las mesas. Entre lista y lista de tertulianos deja la siguiente perla: «Solo, viene con bastante frecuencia, el erudito Antonio Rodríguez-Moñino»⁷. Cuánto explica esta fotografía de un hombre que a sus cuarenta años siente todo el abatimiento de una guisa de exilio interior. La guerra ha quedado once años atrás y sin embargo todavía parece que el extremeño no ha superado los embates morales sufridos. Pero la vida continúa y hay que resistir. Son tiempos en los que viven del trabajo de ella, como funcionaria interina en las Cortes Españolas y como archivera de la Fundación Lázaro Galdiano, y de él, que había ejercido de albacea testamentario del titular de la fundación, como bibliotecario de la misma a partir de 1947. Frente al reconocimiento de sus méritos en el exterior —la Hispanic Society of America lo acoge como miembro correspondiente en 1949 y desde 1955 como miembro de número— en el interior franquista continúan los vetos y las trabas: si en 1952 se acepta su nombramiento como correspondiente de la RAE a propuesta de Gregorio Marañón y José María Cossío, entre otros, en 1960 el gobierno veta su candidatura como miembro de número apadrinada por Camilo José Cela, Dámaso Alonso y José María Cossío. Ya en 1968, poco antes de su muerte, y bajo la dirección de Alonso entra en la RAE con un discurso titulado *Poesía y Cancioneros (siglo XVI)* al que responde Cela.

7. César González Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, Sevilla, Renacimiento, 2004, pág. 588.

Contracorriente sigue navegando. Su prurito investigador se acrecienta si cabe y una ojeada a sus publicaciones así lo constata, no obstante parece que Rodríguez-Moñino no tiene madera de ermitaño y necesita compensar el alejamiento de las aulas y los estudiantes con algún tipo de vida social. Puede conjeturarse que necesita volver a confiar en los demás y a abandonar ese lastre de persona solitaria, recuperar al Moñino expansivo y sociable de antes de la guerra que acostumbraba a frecuentar círculos de esparcimiento de mayor o menor índole intelectual. Precisa reencontrarse con aquel que en sus años universitarios madrileños asiste a reuniones en el café Castilla en la calle de las Infantas, en el café Capitol de la Gran Vía, en la librería El Barato en la calle de San Bernardo –donde coincide con Pío Baroja– o a las organizadas por Francisco Rodríguez Marín en el café de la Bolsa. Y también a aquel que en su estancia en Valencia durante la guerra coincide con la llegada de bastantes escritores y artistas republicanos que van de la mano del gobierno replegado y que entre todos generan un clima suculento en la ciudad para el encuentro. Quiere ser el mismo que hacía discurrir sus días levantinos con conversaciones con Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Rosa Chacel, María Moliner, Timoteo Pérez Rubio, Rafael Sánchez Ventura, Tomás Navarro Tomás, entre otros. Ahora, depurado y abatido en el Madrid posbélico, se esfuerza por dar normalidad a su vida y comienza a acudir con su mujer a las reuniones más de amigos que de intelectuales que organizan en el restaurante Lhardy en la Carrera de San Jerónimo y de la que ha dejado constancia escrita José Altabella, el que a la postre sería el asesor técnico de *Revista Española*, en un libro titulado *Lhardy. Panorama histórico de un restaurante romántico, 1839-1978*⁸ y escrito por sugerencia del mismo Rodríguez-Moñino.

8. Madrid, Edición del autor, 1978.

En realidad empieza a renacer como intelectual con la asistencia a las tertulias de dos de los cafés emblemáticos de la época, el Gijón en el paseo de Recoletos y el Lyon en la calle de Alcalá. Aquí sí que se manifiesta con nitidez ese deseo suyo de mantener vivo el espíritu crítico, dialogante y reflexivo que le caracteriza de por vida y que el proceso de depuración le anula en parte al destituirlo de su cátedra. El contacto con intelectuales, filólogos, artistas y escritores, paralelo a su implicación en el proyecto de Castalia, hace resucitar su ilusión, lo estimula para seguir trabajando en pos de las letras y la cultura. A partir de mediados de los cuarenta se deja ver casi a diario por el Gijón, un santuario de visita obligada para todos los escritores que deambulan por Madrid —«El censo del Gijón es imponente», afirma González-Ruano⁹— y en el que entra en contacto con unos imberbes Sánchez Ferlosio y Aldecoa. Hay evocaciones impagables, como la que más abajo recojo de Jesús Pardo sobre Ferlosio, por la capacidad que tienen de trasladarnos a los demás un determinado ambiente, retrato físico o actitud. José Luis Castillo-Puche ha dejado una estampa soberbia de los encuentros en el Gijón de aquellos muchachos que sostienen *Revista Española* con sus escritos y sus aspiraciones. El escritor yeclano compone un cuadro de esa tertulia con el acierto de escoger los rasgos que a su parecer los definían. Ha sabido parar el tiempo para nosotros, inmortalizar la imagen y el espíritu de los componentes de la revista. Dice así:

Siempre un poco distantes y particulares en todo, en preferencias y aversiones, nacía entonces un grupo menos discursivo y más dialéctico, más combativo y menos sociable a pesar de su

9. César González Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, op. cit., pág. 589.

programa de extremosa sociología. Era un grupo realista, pero también utópico. Allí nos reuníamos Alfonso Sastre, Luis Delgado Benavente, Aldecoa, Ferlosio, Fernández Santos, José María de Quinto... A veces, a la hora del aperitivo, indefectiblemente a la del café. La novedad de este grupo consistió también en que, en la mayoría de los casos, iba incorporando, conforme nos casábamos, a las mujeres, no sólo a la literatura, sino a la tertulia. Es el caso de Carmina Martín Gaité –quien recibió por entonces el premio «Café Gijón», que sería el primero de su carrera– y también Josefina Rodríguez... Si no eran escritoras netas, eran y son mujeres con inquietudes algo más que literarias, intelectuales sin pedantería, aunque con magisterio, artistas de vocación y algunas de oficio. Este grupo se caracterizaba por su actitud exigente y crítica, por su desdén al conformismo, aunque con el tiempo ya se han bifurcado en muchos matices y entienden de distinto modo el *bene essere*. Sastre, con su bondadosa sonrisa, alguna vez airado; Ferlosio, escéptico, socarrón y al mismo tiempo, crédulo, infantil, caprichoso; Aldecoa, violento y cansino, templado y malhumorado; Jesús Fernández Santos, incisivo, pausado, razonador. Sánchez Ferlosio llegaba siempre con alguna bella manía entre manos o entre ceja y ceja (hasta que un día le largó un mandoble al hijo de don José en el mostrador y se fue para nunca más volver). También Delgado Benavente con su pipa, no sabemos si encendida o apagada, pero siempre cavilando, flemático, aburrido, soñador... Y también José María de Quinto con su mímica, su sarcasmo y sus risotadas... Y Pilares, con ingenio al minuto, destripador de terrones convencionales, pacífico a fuerza de escatológicas iras...¹⁰

10. José Luis Castillo-Puche, «El *Café de Gijón*. Un archipiélago en el que cada tertulia es una isla», en *Blanco y Negro*, Madrid, 26 de enero de 1963.

También el gaditano Ramón Solís ha reconstruido aquellos tiempos del Gijón y su cita viene al hilo porque menciona a algunos de los integrantes de *Revista Española*:

Conocí a Rodríguez-Moñino personalmente cuando su tertulia se había trasladado ya al Café Lyon, pero le conocía de vista, como a todos sus contertulios, en los tiempos del Café Gijón. Por entonces iba yo todas las tardes y algunas noches por el café. Mi tertulia era entonces la que se consideraba como la de los noveles. Estaba formada por Alfonso Sastre e Ignacio Aldecoa (todavía inéditos, a no ser por algún cuento o alguna comedia en un acto). Rafael Sánchez Ferlosio, que había publicado ya su *Alfanhuí*; Castillo Puche, que acababa de publicar por aquel tiempo su libro sobre Aviraneta; Luis Delgado Benavente, con varios premios de teatro en su haber, pero aún sin estrenar ninguna obra; Medardo Fraile, Bienvenido Moreno, José María de Quinto –amigo de mucho tiempo atrás y que fue el que me incorporó a aquella tertulia–, Ricardo Rodríguez Buded, Alfonso Paso, aún inédito, y del que nadie sospechaba sus éxitos futuros y su fecundidad, y muchos otros escritores entre los que destaco a José María Alonso Gamio y Joaquín González Muelas, que alternaban nuestra tertulia con la de Rodríguez-Moñino.¹¹

El bullicio del Gijón aconseja el retiro a otro punto más calmoso y apacible y Rodríguez-Moñino recalca en el café Lyon donde comparte una reunión de la que se convierte en alma en juicio del novelista e investigador Ramón Solís: «Rodríguez-Moñino ha sido el artista de su propia tertulia. Siempre supo pilotar la nave contra los vientos de las

11. Ramón Solís, «La tertulia de Rodríguez-Moñino en el Lyon», *Revista de Estudios Extremeños*, XXIV, núm. 3 (setiembre-diciembre de 1968), págs. 611-620, cit. en pág. 612.

políticas, de las incomprensiones, de los choques ideológicos, de las vanidades encontradas. Al mismo tiempo, se entregó por entero a ella; supo sacrificar su tiempo en una entrega total [...]. Solo así, pudo conseguir que las dos mesas del Café Lyon, que han ocupado la tertulia durante años y años, fueran lugar diario de cita, como antes lo fueran las mesas del Café Gijón»¹². Un recuento de quienes pasan por allí con frecuencia asidua, intermitente o caprichosa daría muestras solventes de sus amistades y contactos en el mundillo sociocultural. Como no se trata de buscar la exhaustividad, basten algunos nombres. Por el café Lyon se presentan con regularidad el presbítero José López de Toro, el Conde de Colombí José Gutiérrez Ballesteros, el crítico Juan Antonio Gaya Nuño que encabeza la sección de arte de *Revista Española*, el fundador y director del semanario *Dígame* Ricardo García (de seudónimo K-Hito), el tauromáquico José María de Cossío, el arquitecto e historiador de arquitectura Luis Cervera Vera. También suelen recaer el pintor Godofredo Ortega Muñoz, Felipe Maldonado, Ramón Solís, Gerardo Diego, Camilo José Cela, Joaquín del Val, Emiliano Aguado, el Marqués de Saltillo, el Conde de Canilleros Miguel Muñoz de San Pedro, Martínez Barbeito, Joaquín González Muela, y, de tarde en tarde, Emilio Alarcos Llorach, Evaristo Correa Calderón, Antonio Gallego Morell, Eugenio Asensio, Carlos Clavería, Fernando Lázaro Carreter, Francisco López Estrada, Francisco García Lorca, y los hispanistas Marcel Bataillon, John Dowling, Raimundo Lida, Edward Wilson, Nigel Glendinning, William H. Shoemaker, Ralph Hayward Keniston, George Demerson o Bertil Maler. Ciertamente consiste en una nómina envidiable a lo largo de las dos décadas que pervive.

Hago hincapié en este contexto tertuliano porque a su luz nace *Revista Española*. Rodríguez-Moñino no solo conversa, sino que es-

12. *Ibidem*, págs. 611-612.

cribe y contesta cartas, recibe a jóvenes investigadores y les propone trabajos, recomienda la consulta de fondos de bibliotecas por las que él ha pasado y, lo que ahora más concierne, asesora a los escritores noveles sobre sus escritos, les sugiere lecturas, les recomienda revistas, les sirve de enlace con editoriales y publicaciones periódicas, etc. Actúa como un verdadero benefactor, «generoso ayudador» lo llama Marcel Bataillon, y en estas madura la idea de crear una revista. Cuando lo tiene claro, se lo comunica a uno de los tertulianos del Lyon, José Luis Cano, el secretario de *Ínsula*, quien ha recordado que «Un día me sorprendió Moñino con la noticia de que iba a fundar una revista literaria para la juventud, con la intención de que los jóvenes talentos que por aquellos años nada fáciles comenzaban a surgir, tuviesen una ventana literaria abierta e independiente»¹³.

La promoción de escritores en estado casi larvario no puede creer que alguien con la trayectoria y las relaciones del bibliófilo apueste e invierta en ellos. Se desata la euforia. La gestación de la revista se vive con emoción y expectativa, tal y como apunta Carmen Martín Gaité:

En 1953 reaparecía [Rodríguez-Moñino], tras avatares desconocidos, y tampoco sé qué viento le trajo a fijarse en nosotros. Pero la voz corrió como la pólvora. ¡Tenemos un mecenas! Está empeñado en que valemos mucho, en que somos la voz de la esperanza. Va a fundar una revista para nosotros. Se llamará *Revista Española*. Enseguida empezaron las reuniones con él, de preferencia en el café Lyon, a las que asistíamos con una mezcla de incredulidad y desconcierto. [...] Yo me preguntaba cómo, con aquellas trazas de caballero antiguo, habría podido apostar por aquel racimo de chi-

13. José Luis Cano, «Antonio Rodríguez-Moñino y *Revista Española*», *Revista de Estudios Extremeños*, XXIV, núm. 3 (setiembre-diciembre de 1968), págs. 605-609, cit. en pág. 605. Recogido en *Ínsula*, núm. 287 (octubre de 1970), pág. 4.